

LIBROS MAS LIBROS

Por Andrés HENESTROSA

En aquella primera pausa fecunda de la Revolución Mexicana, ocurrida en 1921, José Vasconcelos proyectó la edición de los autores clásicos. La idea no era original, sino que se inspiraba en Anatolio Lunacharsky, ministro de Educación Pública de la URSS. Muy combatido fue este aspecto de la gestión vasconceliana, hasta por aquellos que la hubieran aplaudido en Lunacharsky, si conocieran el antecedente. Sin embargo, poner a Homero y a Esquilo, a Platón y a Plotino en manos del lector mexicano de hace medio siglo, es una de las grandes obras de la Revolución. Con un costo muy bajo, cuando no por mero obsequio, la famosa colección llegó fácilmente hasta el último picacho del país. llevó a otros pueblos un mensaje del alma mexicana. Los estudiantes de escuelas superiores de entonces, así como los que apenas tenían alfabeto, pudieron aprovecharse de las eternas lecciones ahí contenidas. Ninguna exageración podrá haberse asimismo, si decimos que hasta los cultos y profesionales, teniéndolos al alcance de la mano, volvieron a ellos, cuando no tuvieron por la primera vez acceso a sus páginas.

En la campaña política de 1929, algo de lo que más halagaba a Vasconcelos era oír a algún orador pueblerino una referencia a los clásicos, "un libro de pastas verdes que usted publicó". La boga de aquellas obras fue muy grande, como lo prueba el hecho de haberse agotado en pocos años y que en la actualidad signifique una hazaña bibliográfica reunir las en su totalidad. El primer título fue la Iliada, de Homero Al frente del tomo primero, Vasconcelos escribió una Nota Preliminar llena de entusiasmo y de fervor. Se dolía el entonces rector de la Universidad de la escasez de ediciones castellanas de los libros más importantes del mundo. Lo que obligaba a las personas cultas a aprender lenguas extrañas para fre-

cuentarlas, y de que la gran masa de la población desconociera los libros geniales. Publicar en español a los escritores clásicos era, por lo mismo, una doble necesidad de patriotismo y de cultura. De patriotismo, porque ningún pueblo que se respete debe conformarse con que sea indispensable el uso de un idioma extraño para conocer las cumbres del pensamiento, de cultura, porque no se concibe una ilustración, ni siquiera mediocre, que carezca del conocimiento indicado, decía. Hacer llegar el libro excelso a las manos más humildes y lograr de esta manera la regeneración espiritual, que debe proceder a toda otra suerte de regeneración fue otro de los propósitos que vió el ministro mexicano en la edición de los clásicos. Era, también, la segunda parte de la campaña en pro del alfabeto, que entonces tuvo su primer impulso. Porque dar letras, pero no libros en que el alfabeto se ejercite, es una forma de frustrar los beneficios de la letra. Y todo eso: dar alfabeto, dar libros, apuntaba a esta luminosa desembocadura: ennoblecer la vida.

Desgraciadamente no pudo desarrollarse en su totalidad el programa de ediciones. A la hora en que la tarea alcanzaba su más alto impulso, los disturbios de nuestra vida pública se interrumpieron. Se fue el ministro que la había ideado y ninguno de los que le sucedieron, aunque alguno ha realizado obra editorial trascendente, ha tenido la ocurrencia de completar la lista original. Quedaron sin publicarse Lope, "el dulce, el inspirado, el magnífico poeta de la lengua castellana"; Calderón, Cervantes, Pérez Galdós y un Romancero. Quedó en proyecto la Geografía de Reclus. El acuerdo respectivo incluía la edición de los dramas de Shakespeare, de Ibsen y de Bernard Shaw, así como otros libros redentores, que aún están en espera.

A pesar de los años, los motivos que guiaron a Vansconcelos para la edición de los clásicos, siguen válidos y vigentes. ¿Cuándo vendrá un ministro, o un rector, que sin abandonar las tareas que el tiempo impone, nos de aquellos títulos pendientes, de libros que nunca pasan?